

Unidad: Verdad y justicia¹

Oración sacerdotal de Jesús

1. Hacia el final de la Última Cena. En el contexto de aquella entrañable noche de confidencias íntimas, Jesús por un momento interrumpe el diálogo con los apóstoles para dirigir una emocionada oración a su Padre Celestial. Entre otras cosas, el Señor pide una gracia fundamental: la unidad de sus discípulos: *que todos sean uno, como tú Padre, en mí y yo en ti somos uno, a fin de que sean uno en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado²*.

Bien conocía Jesús la fuerte tendencia a la discordia del ser humano. Así como la inclinación al error de su entendimiento tras el pecado original. Y preveía que pronto se habrían de presentar conflictos y divisiones entre los suyos, como efectivamente ocurrió, por desgracia, desde el principio.

La hermosa túnica inconsútil de Cristo, que es una imagen de la unidad su Iglesia, muy pronto empezó a desgarrarse por el enfrentamiento de las pasiones humanas. Desde los mismos tiempos apostólicos se fueron presentando errores y conflictos que atentaban contra ese inapreciable don de la unidad.

Y así a lo largo de la historia hasta el día de hoy. Mirando en la actualidad al conjunto de los creyentes que nos honramos con el título de cristianos, es triste y escandaloso ver que existen tantos grupos diversos. Y, en no pocas ocasiones, con enfrentamientos que incluso han llegado a la violencia.

Octavario por la unidad de los cristianos

2. Por todo esto, es una venerable tradición que comenzó por la iniciativa de un obispo anglicano hacia finales del siglo XIX, el que cada año se celebre en el mundo un *Octavario por la unidad de los cristianos*. Ocho días de intensa oración, en torno a la fiesta de la conversión de san Pablo (25 de enero) en los que quienes nos consideramos seguidores de Jesucristo secundamos su petición al Padre Eterno: *que todos sean uno*. Que todos formemos un solo rebaño bajo un solo Pastor.

Unidad en la Verdad

3. Lógicamente, lo que pedimos al Señor, es una unidad en la Verdad. No un simple intercambio de opiniones, ni un consenso meramente humano. Sino la conquista, aceptada por todos, de lo que Cristo realmente nos reveló. Y, por tanto, nos conduce con eficacia a la salvación. Lo que san Pablo atinadamente pedía a su discípulo Timoteo: *guarda el depósito a ti confiado³*. A lo que un antiguo autor cristiano comentaba: *¿qué es el depósito? Es lo*

¹ Homilía en el II domingo del tiempo ordinario, ciclo C. En el Octavario por la unidad de los cristianos.

² Juan 17, 21.

³ 1 Timoteo 6, 20.

que tú has creído, no lo que tú has encontrado; lo que recibiste, no lo que tú pensaste; algo que procede, no del ingenio personal, sino de la doctrina recibida (...). Es algo que ha llegado a ti, que por ti no ha sido inventado; algo de lo que tú no eres autor, sino guardián; no creador, sino solo conservador; no conductor, sino conducido. Guarda el depósito: conserva limpio el talento de la fe católica (...). Oro has recibido, oro devuelve; no sustituyas una cosa por otra, no pongas plomo en lugar de oro, no mezcles nada fraudulentamente”⁴.

Una actitud así, hay que reconocerlo, no es pacíficamente aceptada por la cultura dominante y el relativismo que la caracteriza, pero nos parece la mejor forma de preservar la sal y la levadura del Evangelio. *Una verdad común* (universal) *nos da miedo* –decía Francisco en su primera encíclica-, *porque la identificamos con la imposición intransigente de los totalitarismos. Sin embargo, si es la verdad del amor, si es la verdad que se nos desvela en el encuentro personal con el Otro y con los otros, entonces se libera de su clausura en el ámbito privado para formar parte del bien común*⁵.

Esa es la Verdad a la que aspiramos llegar con el diálogo ecuménico. Una verdad hermosa que no aplasta a nadie, sino que naciendo del amor puede llegar al corazón de todos y llenarlos de luz y de paz. Quien alcanza esta Verdad, no puede ser arrogante ni violento, sino muy al contrario, se hace humilde pues es siempre consciente de que más que un logro suyo, personal, ha sido la propia verdad la que lo abrazado a él. Y, en consecuencia, lo que más quiere en el mundo que compartirla serena y respetuosamente, por medio de un diálogo auténtico.

Unidad y justicia

4. Para este año, la Santa Sede⁶ ha propuesto que orientemos el Octavario a la luz de un texto del Deuteronomio: *Actúa siempre con toda justicia*⁷. Y es que, aunque la unidad es un don que hemos de implorar ante todo al Espíritu Santo, tenemos que esforzarnos por construir las condiciones que la han posible y, una de ellas, imprescindible, es la justicia. En un mundo en el que reinan la mentira, la corrupción y la avaricia, no puede haber unidad entre los hombres. Por eso, los cristianos debemos empeñarnos en construir relaciones armoniosas y justas con todas las personas, empezando por las más cercanas, para luego ir acercándonos a la humanidad entera.

Para el día de hoy, el tercero del Octavario, el texto bíblico que se nos invita a considerar es un versículo del salmo 145: *el Señor es clemente y compasivo* con todos. Dios, se nos recuerda, no hace distinciones en su amor por raza, lengua, cultura, condición social, ni siquiera por religión. Es muy significativo que en la genealogía de Jesús, recogida en el Evangelio de san Mateo, no solo aparecen hombres buenos y piadosos. Entre los antepasados del Señor se menciona expresamente a algunos hombres que cometieron graves pecados, como el incesto o el adulterio. Por otra parte, y también tiene su

⁴ SAN VICENTE DE LERINS, *Commonitorio*, 22.

⁵ FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 34.

⁶ Pontificio Consejo para la Promoción de los cristianos.

⁷ 16, 20.

importancia, se menciona en esa genealogía a cuatro mujeres (algo muy inusual), dos de ellas procedentes del extranjero: Rut y Rajab. Para señalar que Dios, por medio de Cristo, quiso salvar a todos: hombres y mujeres, ricos y pobres, justos y pecadores.

5. Pidámosle al Señor que nos agrande el corazón, para que quepan todas las almas y podamos así trabajar diariamente por la unidad, la justicia y la paz en donde nos encontremos. Que todos los cristianos, de las múltiples confesiones existentes, con el impulso del Espíritu Santo, trabajemos unidos por esos bienes en México y en el mundo. Pero sin olvidar que no podemos ser *candil de la calle y oscuridad de la casa*. Es decir, que si de verdad queremos fomentar la unidad de los cristianos e incluso de todos los hombres, tenemos que empezar por cuidar la unidad en la propia familia, en nuestra colonia, en el ambiente de nuestro trabajo habitual. ***Es necesario actualizar*** –insistía san Josemaría- ***esa fraternidad, que tan hondamente vivían los primeros cristianos. Así nos sentiremos unidos, amando al mismo tiempo la variedad de vocaciones personales*** que puedan darse en la Iglesia⁸.

Sería un lamentable contrasentido ser muy indulgentes y comprensivos con personas lejanas, ya sean de otras confesiones cristianas o incluso no cristianas, a la vez que maltratamos o despreciamos a los que Dios ha puesto a nuestro lado.

El ejemplo de María en Caná

6. Aprendamos de la delicadeza que nos muestra María en el Evangelio. En aquella concurrida y ruidosa boda de pueblo, en Caná de Galilea, ella está atenta a los detalles. Y capta enseguida la situación bochornosa que amenaza la armonía de la fiesta: *no tienen vino*⁹. Y, acudiendo a su Hijo, pone el remedio oportuno. Que la sepamos imitar. Empeñándonos en este año que empezamos, por vivir la caridad y la justicia, con detalles concretos, en nuestras relaciones diarias.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 20 de enero de 2019.

⁸ SAN JOSEMARÍA, *Conversaciones*, n. 61.

⁹ Evangelio. *Juan* 2, 3.